

EL DESLUMBRAMIENTO DEL ALMIRANTE

Por ARMANDO ROJAS*

Cristóbal Colón vivió siempre con el alma en vilo. Siempre angustiado, pero su angustia era una angustia iluminada que lo llevaba de acá para allá en procura de algún poderoso que escuchara los sueños que le cruzaban por la cabeza.

Piensa que en Portugal, país con una gran tradición marinera, pueden oírlo. Le parece que la imagen del Infante Don Enrique le sonríe desde la punta más avanzada en el Atlántico, allá en Sagres, donde ese otro gran soñador impulsó los estudios náuticos que permitieron a Portugal extender sus dominios hasta la tierra de las especias. Pero el Rey Don Juan II estaba más interesado en combatir a los moros que en nuevas expediciones marinas.

Por un momento cree que Inglaterra podría interesarse en el proyecto que, desde hace mucho tiempo le viene atormentando el alma, el de ir a la India por la vía de occidente. Las razones del médico y astrónomo Florentino Toscanelli son convincentes. Está profundamente persuadido de que no se trata de una quimera. Para mayor abundamiento, ahí está Ptolomeo con su teoría sobre la esfericidad de la tierra. Pero los ingleses se muestran indiferentes a estos desvaríos de un loco genovés en cuyos ojos, de tanto pensar en ello, parece que se reflejaran los mares remotos y las tierras fabulosas de sus sueños.

El marino afiebrado y poseído no descansa. Viaja por los mares conocidos. Toca tierra en los extremos más avanzados del mar de occidente. Canarias, las Azores. Perfecciona sus conocimientos náuticos. Estudia las viejas cartas marinas. Juega con brújulas y astrolabios y el mucho mirar a las estrellas le va acercando la distancia del sueño a la realidad.

A veces uno piensa que si su mirada se hubiera hundido en las profundidades del alma en lugar de las de mares lejanos y tierras ignotas, Colón hubiera sido un gran poeta místico. Se habría adelantado a San Juan de la Cruz. Pero la visión interior del genovés siempre estuvo fija en los abismos, secretos y misterios del mar océano. El mar fue su pasión y su obsesión y esa obsesión fue tormento y gozo.

Después de recorrer tantos caminos, cansado el cuerpo, pero el alma siempre brillante como moneda recién acuñada, llega el milagroso encuentro con Isabel de Castilla, iluminada como él, quien comprende su lenguaje de brújulas y astrolabios, de tierras ignotas que ocultaban riquezas insospechadas y donde millones de almas no conocen el camino de la salvación eterna. El discurso de Colón convenció a su Católica Majestad. Su confesor, el Padre Marchena, terminó por disipar pequeños escrúpulos. Para salvar de las garras del demonio a tantas almas, bien valía la pena que una España, exhausta por la guerra con los moros, llegara hasta el sacrificio de empeñar las joyas de la corona. Isabel era una mujer de fe inquebrantable. Como una roca sin fisura. Después de que el último Rey Moro entregó las

* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón letra "X".

llaves de la ciudad de Granada, España quedaba libre de infieles. Ahora este iluminado peregrino le ofrecía un mundo donde las almas yacían en la ignorancia de Dios y de las verdades del cristianismo. Isabel se sintió inquieta. Aquella noche tuvo sueños en los que se entrecruzaban la angustia y el gozo. Se veía en medio de grandes multitudes de hombres y mujeres desnudos, de piel cobriza en cuyas cabezas sumisas vertía ella misma el agua del bautismo.

Fernando, el aragonés, su marido, no creía mucho en esos fantasmas de Isabel, pero ella era la reina y aunque corría el dicho de que “tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando”, la verdad es que la iluminada terminaba por doblegar la testaruda mente del consorte.

En el Puerto de Palos de Moguer comienza una actividad febril. Armadores, carpinteros, herreros, proveedores, mozos de cuerda y aventureros que ven en aquella proyectada expedición la gran oportunidad para salir de abajo. Las tres carabelas más famosas de la historia, La Santa María, La Pinta y La Niña se hacen a la mar. Y pasan días y noches interminables y oscuras y cuando arrecian las tempestades, aquellos hombres rudos e ignorantes se amotinan. Ellos no saben nada de Toscanelli ni de Ptolomeo. Pero la fe, el coraje y la intrepidez del Almirante pueden más que las tormentas del Océano.

Llegó, por fin, la madrugada de aquel 12 de octubre de 1492. Madrugada gloriosa que se inscribe entre las grandes efemérides de la historia del hombre. Para el cronista López de Gómara aquel día presenció “la mayor cosa después de la creación del Mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió”.

Después de tantos trabajos, mares embravecidos y marinos amotinados, el sueño de Colón se convierte en realidad y las tierras presentidas aparecen ante sus ojos como un cofre abierto lleno de tesoros, bellezas insospechadas y seres pacíficos y amistosos que no estaban contaminados por el pecado original.

Al comunicar la buena nueva a sus Majestades, en su primera carta, les habla de “aquellas tierras altas y donde hay sierras y montañas altísimas, sin comparación con la isla de Tenerife. Todas ferrosísimas, de mil facturas, y todas andables y llenas de árboles de mil maneras y altos que parecen que llegan al cielo. Y tengo por dicho que jamás pierden la foja, según lo pude comprender, que los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España. Y dellos estaban floridos, dellos con frutos y dellos en otro término según es calidad. Y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos de mil maneras en el mes de noviembre por allá donde yo andaba”.

“Hay palmas de seis o de ocho maneras que es admiración verlas por la diformidad hermosa dellas, más así como otros árboles y frutos y yerbas; en ella hay pinares a marabilla, y hay campiñas grandísimas, y hay miel, y de muchas maneras de árbol y frutas muy diversas”. Y sigue el Almirante narrando a sus Majestades las maravillas de aquel encuentro que lo tenía deslumbrado. El 12 de octubre de 1492 se abre una era de consecuencias insospechadas en la historia de la humanidad. El eminente historiador Claudio Sánchez Albornoz señala que la empresa descubridora y colonizadora española es algo “que provoca la mayor sacudida histórica que había conocido el viejo mundo”. “Ni las Revoluciones espirituales

del Renacimiento y la Reforma . . . Ni las creaciones científicas de los otros pueblos de allende el Pirineo, supera en fecundos colorarios a la gran empresa hispana”.

Esta es una cara de la moneda. La otra llevaría la efigie de Moctezuma y de Atahualpa y las escenas de las atrocidades cometidas por los españoles durante los largos años de la colonización. Pero quede esto para otra oportunidad.

EN LOS COMIENZOS DE AMERICA

Por J. L. SALCEDO BASTARDO*

I

FANTASIA INICIAL

Antes de Venezuela ser un hecho, fue una hermosa fantasía, ensueño de una belleza presentida, espíritu lanzado a la esperanza. En muchos años de quehacer docente he dicho para las juventudes que el proceso normal del pensamiento se cumplió aquí cabalmente: primero la fábula, después la historia. La celebración del Universal, coincidente con el V Centenario de América es buena ocasión para volver sobre el tema genésico de una patria cuyo aliento emerge de la leyenda, ésta en particular connotación grata y positiva.

Cristóbal Colón llamó a la nuestra “tierra de gracia”. En el donaire del epíteto, hay un claro destello de poesía. El heroico almirante escribió fascinado: “Andabas ocho leguas más al poniente allende una punta a que yo llamé aguja, hallé unas tierras las más hermosas del mundo y muy pobladas”. Es de insistir que en el alumbramiento de Venezuela está el deslumbramiento del descubridor. El estaba seguro, lo tenía “sentado en el ánimo” porque eran muchos y “grandes indicios”, que en la amable heredad recién hallada se encontraba el paraíso terrenal. En su texto para los reyes padrinos de su aventura, Colón reafirma su creencia edénica. Todavía más, el impacto de la magia tropical sacude y desquicia su convicción de esfericidad terrestre. Así llega a decir que el planeta es más bien como una pera, pues sobre la redondez hay una prominencia y allí en la altura —“más cerca del aire”— debe estar plantada la tierra de gracia. Para ser más gráfico en su nueva imagen, recalca: Es “como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar de ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte de este pezón sea la más alta y más propincua al cielo”.

Para el genovés, el Paraíso está aquí “porque el sitio es conforme a la opinión de santos y sanos teólogos”, que menciona y acá reconoce además las señas princi-

* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón letra “F”.